



**Marcelino Menéndez y Pelayo**

## **Elegía**

En la muerte de un amigo

¿Por qué dicen, señora,  
Que es el dolor la tierra conquistada  
Por el moderno reflexivo numen?  
¿No hay lágrimas de ardiente poesía  
Hasta en el polvo más menudo y leve  
De los sagrados mármoles de Atenas?  
Hoy mismo, ¿quién podría  
Llenar las soledades de tu alma,  
Con voz más empapada de consuelos,  
Que la solemne voz medio cristiana,  
Présaga del dolor de otras edades,  
Con que Menandro repitió en la escena:  
«Joven sucumbe el que los dioses aman?»

Le amaron... sucumbió... ¡Triste destino,  
Nunca cual hoy profundo y lastimero!  
No sé qué vaga nube,  
De futura tormenta anunciadora,  
Cubrió mi frente, al encontrar perdida,  
De un escoliasta en las insulsas hojas,

Esa eterna razón de lo que muere  
Antes de tiempo y sin sazón cortado.  
¿Te acuerdas? Otro día  
La vimos centellar con luz siniestra  
En el canto purísimo y sombrío  
Del amador toscano de la nada,  
Que en versos no entendidos  
Del vulgo vil, y a espíritus gentiles,  
Como el tuyo, señora, reservados,  
La secreta hermandad te descubría  
Del amor y la muerte.

Acaso tú su altísimo sentido  
Con entrañas de madre penetrabas;  
Yo acaso me creía,  
Con infantil y amarga vanagloria,  
Digno de las recónditas caricias  
Que halagan al amado de los dioses  
En el tálamo excelso de la muerte;  
Abrazos regalados,  
Cual no los dio jamás mortal alguna;  
Besos que infunden en los labios fríos,  
No eterno anhelo, mas el goce eterno  
De otra inmortal, fecunda primavera,  
Rica de nueva flor y granos de oro.

¡Dichoso aquel que cuando joven muere!  
Signo de alta fortuna  
Lleva en su noble, inmaculada frente;  
El sol de la existencia sin ocaso  
Le nutre con su luz irrestañable;  
El fango de la tierra  
No salpica el laurel de su corona,  
Ni el sueño inquietarán de su ceniza  
Gárrulas voces de enemigo bando;  
Cuando él no viva, su menor despojo,  
Su pensamiento apenas germinado,  
La impalpable semilla de su idea,  
Lo que anheló y vivió, lo que, soñaba,  
De lengua en lengua correrán gloriosos,  
Materia a ser de admiración y llanto.  
Nadie envidia la flor, muchos el fruto.  
¡Dichoso aquél que cuando joven muere!  
¿Cómo apartar de mi tenaz memoria  
La tarde en que le vi por vez postrera?  
El velo de la muerte  
Que iba envolviendo su gentil semblante;  
La fiebre, que sus huesos,  
Cual indómito monstruo, contundía;  
El rápido corcel del exterminio

Volando por su sangre generosa;  
El flaco respirar del pecho herido,  
Que ya por otras auras anhelaba,  
Y el tibio fulgurar de aquellos ojos  
Profundos y serenos,  
Que hablarme de otro mundo parecían,  
Cual lámpara de mago  
Que a lo más hondo del santuario lleva  
Y hace patente su riqueza arcana,

¡Tan joven, y tan dulce, y tan discreto!  
Quizá tú soñarías  
Con verle domeñar en la carrera  
Del potro ibero la indomada espalda,  
O en ruda caza fatigar los montes  
O en el ardua palestra  
Mover con arte el ya robusto brazo,  
Al sudor noble de las armas hecho;  
O ya en más alta empresa,  
Rendir con tierno y laborioso halago,  
De la Memoria a las esquivas hijas,  
Siguiendo fiel el rastro luminoso,  
Que en torno de él trazaban  
Las cariñosas familiares sombras  
Del moro vengador de su linaje  
Y el penitente Edipo castellano.

Y quizá soñarías  
Aplausos, y victorias, y loores,  
Y el tronco de su estirpe,  
Por él con nuevas y pujantes ramas  
De perenne verdor engalanado...  
¡Alégrate, señora,  
Que aún fue mejor su venturosa suerte!  
Intacto lleva a Dios su pensamiento;  
No deja tras de sí recuerdo impuro,  
Y ni la envidia misma  
Puede clavar en él la torpe lengua.  
Blanco de ciega saña  
Nunca se vio, ni de traición aleve,  
Ni, rota el ara del amor primero,  
Halló trivial lo que juzgó divino...  
Acá le llorarán; allá en el cielo  
Árbol será firmísimo y lozano  
Lo que era germen en la ingrata tierra.  
Yo le envidio más bien. ¡Qué hermosa muerte!  
¡Qué serena agonía,  
Cual sintiendo posarse  
Los labios del arcángel en sus labios!  
¡Morir no en celda estrecha aprisionado,

Sino a la luz del sol del mediodía,  
Y sobre el mar, que ronco festejaba  
El vuelo triunfador del alma regia  
Subiendo libre al inmortal seguro!  
¡Morir entre los besos de su madre,  
En paz con Dios y en paz con los humanos,  
Mientras tronaba desde rota nube  
La bendición de Dios sobre los mares!  
Julio de 1881.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

